

# Revista de Ciencias Sociales

---

Vol. II

Junio, 1958

Núm. 2

---

## EL REINO FELIZ DE LOS TIEMPOS FINALES

(Estudio de un mito político)

MANUEL GARCÍA PELAYO\*

### I. *Introducción*

#### I. *Sobre el interés por los mitos*

**E**L primero, que yo sepa, que utilizó los mitos para esclarecer la realidad social y política fue Juan Bautista Vico (1668-1744), pero en éste, como en los restantes aspectos de su genio, Vico fue un caso aislado dentro del pensamiento de su tiempo, ya que para las ideas de la Ilustración el mito es, todo lo más, graciosa fábula, divertida superchería o bella superstición a la que no se puede tomar en serio en la época de la razón y de las luces. El romanticismo alemán fue mucho más sensible para los aspectos irracionales del hombre y de la cultura, y algunos de sus representantes desarrollaron una aguda sensibilidad y, a veces, una exagerada estimación del mito. Pero el romanticismo alemán fue una brillante llamarada destinada a apagarse (aunque para renacer más tarde) ante el sistema de Hegel y el positivismo. El positivismo, sin embargo, al dar dignidad histórica a los distintos estadios del desarrollo de la cultura, provocó el estudio del mito, como forma

---

\* Profesor asociado de ciencia política del Colegio de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Es autor de varios libros entre los que se cuentan *Derecho Constitucional Comparado* (Madrid, 1957, 4a. ed.) y *El Imperio Británico* (Madrid, 1945). Además, ha publicado algunos artículos, tales como "La Transfiguración del Poder" el cual apareció en el Vol. II, núm. 2 de esta *Revista*.

mental de los pueblos primitivos, y amplió, por tanto, su horizonte hasta entonces limitado a los mitos clásicos.

No podemos detenernos aquí en historiar las distintas vías y circunstancias a través de las cuales renace el interés por el mito en el último tercio del siglo XIX. Diremos solamente que tras las interpretaciones naturalistas, para las cuales el mito se originaba y centraba en torno a la explicación de un fenómeno natural, comenzó a dominar una concepción que, cualquiera que fuera su criterio respecto a la estructura del pensamiento mítico, le asignaba una función de integración social. Tal es, por ejemplo, la posición de Levy-Bruhl, de Durkheim, de Malinowsky y de Mircea Eliade, por no citar más que nombres de primer rango. Por otra parte, no sólo el estudio de los pueblos primitivos sino también el de las culturas superiores antiguas, reveló que la vida social de tales civilizaciones es ininteligible sin la previa comprensión de sus mitos. Mito y forma social se revelaron, pues, para ciertas culturas como dimensiones inseparables de una misma realidad.

Fue mérito indudable de Georges Sorel —no siempre reconocido y a menudo desconocido— señalar la importancia de la imagen mítica en la política de nuestro tiempo, con lo que queda dicho que tal imagen no es exclusiva del mundo antiguo o de los pueblos primitivos sino que también manifiesta su vigor en el presente. Los puntos de vista de Sorel, unidos a la trivialización de los de otros pensadores como Pareto y Nietzsche, no sólo abrieron vía a la comprensión de la dimensión política del mito sino también a su explotación, de modo que ciertos movimientos de la primera post-guerra mundial, como el fascismo y el nacional socialismo, se dispusieron a “fabricar” conscientemente mitos políticos o a transformar en tales ideas de otro orden, a fin de utilizarlos técnicamente como vías de integración política. Por supuesto una creación racional y deliberadamente calculada para lograr un objetivo no es, propiamente hablando, un mito, pero sí opera como tal respecto a la masa a la que va dirigido.

Tras de dedicar una buena parte de su vida al estudio de las formas míticas, y bajo la experiencia política del período entre las dos guerras, Ernest Cassirer publicó su famoso libro “El mito del Estado”, en el que muestra no sólo la decisiva importancia del mito en los movimientos políticos que han conmovido nuestro tiempo sino también su constante presencia en el género humano aun cuando a menudo y en épocas estables aparezca escondido o soterrado: “en todos los momentos críticos de la vida social del hombre —dice Cassirer— las fuerzas racionales que resisten al resurgimiento de las viejas concepciones míticas pierden seguridad en sí mismas. En esos momentos se presenta de nuevo la ocasión del mito. Pues el mito no ha sido derrotado y subyugado. Sigue siempre ahí, acechando en la tiniebla, esperando su hora

y su oportunidad. Esta hora se presenta en cuanto los demás poderes de vinculación de la vida social del hombre pierden su fuerza por una razón o por otra, y no pueden ya combatir a los demoníacos poderes míticos".<sup>1</sup> Por lo demás, ya Hans Schwarz había dicho en 1928: "los mitólogos sustituyen en nuestros días a los historiadores, la verdad mítica tiene precedencia ante la verdad histórica".<sup>2</sup> Palabras que no suscribimos, pero que son significativas.

La tesis de que el mito no representa una forma de pensamiento primitivo, sino una constante más o menos manifiesta o soterrada en el espíritu del hombre, ha sido sostenida desde el punto de vista psicológico por los psicoanalistas, destacándose a este respecto la doctrina de los arquetipos de Jung, y según la cual no solamente el mito está siempre presente en el inconsciente colectivo del hombre sino que se manifiesta, además, en formas o arquetipos constantemente repetidos. La reiteración de las formas míticas y la reducción de la pluralidad de sus manifestaciones a unos cuantos esquemas fundamentales, es por lo demás, generalmente afirmada por los mitólogos.

## 2. Objeto de este trabajo

En el presente trabajo pretendemos mostrar la permanencia a través de tiempos, culturas y sistemas de un mito político al que designamos como el reino feliz de los tiempos finales. No es ocioso recordar aquí que la autonomía, primero, y, más tarde, la separación de la realidad política con respecto a la religión es un fenómeno no sólo exclusivo sino, además, relativamente tardío de la cultura occidental, es un fenómeno que sólo comienza a iniciarse en el siglo XIII y que se va afirmando en los siguientes para lograr su manifestación teórica con Maquiavelo y su manifestación institucional mucho después. Por consiguiente, en las expresiones anteriores a la época moderna el mito en cuestión se integra en representaciones de carácter sobrenatural y se simboliza en formas que, al menos en sentido amplio, pueden calificarse de religiosas y a las que forzosamente hemos de hacer referencia. El mismo anhelo de transcendencia a *este* mundo está también presente, aunque más o menos reprimido, en las versiones modernas que, por otra parte, buscan para su expresión formas simbólicas de general aceptación en nuestra época, es decir, conceptos y representaciones más o menos científicos o filosóficos, pero con intención de trascender y trascendiendo efectivamente a tal carácter. En resumen, en las versiones antiguas se tiende a descender de la concepción religiosa a la

<sup>1</sup> Cassirer, *El mito del Estado* (México: 1947), pág. 331.

<sup>2</sup> Cit. por J. Neurohr, *Der Mythos vom Dritten Reich* (Stuttgart: 1957), pág. 24.

realidad política; en las actuales se tiende a elevar un mundo ideológico, provocado por la realidad política y construido sobre ella, a una fe que se pretende sea religiosamente sentida y que opere como un *ersatz* de la religión. Finalmente, deseamos advertir que en el presente trabajo no tratamos de construir una historia de las formas del mito en cuestión sino, en intento más modesto, de ordenar cronológicamente ciertos testimonios de su manifestación.

### 3. *Formulación del mito del reino*

Con los riesgos inherentes a todo intento de esquematización, acrecidos cuando se trata de un mito, y dando de lado a las imágenes en que se manifiesta que son, justamente, lo que constituye la belleza de las formas míticas, podemos describir el mito del reino feliz del final de los tiempos del modo siguiente:

La época presente es un tiempo de inseguridad, de injusticia, de miseria y de angustia. Que no se produzca del todo la perdición puede deberse a dos especies de motivos: 1) a que las fuerzas del bien, de la justicia, de la verdad, etc., en una palabra, los poderes y las energías constructoras, mantienen una lucha tenaz contra sus antagonistas el mal, la injusticia, el error, etc., es decir, contra las fuerzas demoniacas o, lo que es lo mismo, destructoras; o 2) a que a última hora se manifestará una especie de milagro que evitará la consumación de la destrucción. En todo caso, al final del tiempo vendrá un reino feliz en el que la humanidad se verá libre de los problemas que le agobian, un reino en el que regirá la justicia y, por ella, la paz, en el que habrá prosperidad económica y en el que la angustia desaparecerá de los corazones.

En las concepciones religiosas del mito, el nuevo reino supone una unión de lo natural y de lo sobrenatural, integrándose así en un acontecimiento cósmico en el que la transformación social va unida a una transformación en la naturaleza debida a la intervención de una fuerza celeste. En las concepciones seculares se mantiene la idea de la unidad de sociedad y de naturaleza pero no, naturalmente, por una intervención celeste sino por haberse encontrado el justo orden de adecuación entre ambos términos o porque la nueva organización de la sociedad permite el total dominio del orden natural, la fértil explotación de sus riquezas y el pleno aprovechamiento de sus posibilidades por parte del hombre. Mas, en todo caso, se cancela también la oposición o el desequilibrio entre ambos términos.

Como hemos dicho, el reino final tendrá lugar al fin del tiempo o, al menos, al fin de *este* tiempo y será, por tanto, la forma socio-

política de un nuevo eón. Pero antes del reino final y en el paso de la historia a la suprahistoria o de este eón al otro, habrá una catástrofe en medio de una lucha auténticamente tremenda, de la que saldrán victoriosas las fuerzas que establecerán el nuevo reino ayudadas, en las concepciones sacras del mito, por las fuerzas sobrenaturales y, en las concepciones modernas, por las irresistibles leyes históricas. Será una lucha terrible pero "es la lucha final". El mito implica, pues, una concepción escatológica. Y como toda lucha necesita un caudillo, va unido a la idea de un salvador que aparecerá o reaparecerá al fin de los tiempos. El reino tendrá carácter universal y ecuménico, es decir, abarcará a todos los hombres y se extenderá a toda la tierra. Y como sucede al fin de la historia y como algo que la llena y justifica, representa, la unidad de la plenitud de las gentes, de la plenitud del espacio y de la plenitud de los tiempos.

Si, como es frecuente, el mito en cuestión va unido a una concepción degenerativa de la historia, entonces la situación presente aparece como la negación de la edad de oro de los tiempos originarios, y el reino final se manifiesta como una vuelta a dicha edad, es decir, como el cierre de un ciclo. Pero puede también manifestarse en el cuadro de una concepción progresiva lineal de la historia. En todo caso, aún dentro de la idea cíclica, el mito del reino implica la imagen de la historia como progreso, puesto que ésta camina necesariamente, es decir, progresa hacia el eón final.

Veámos ahora algunas de las manifestaciones históricas del mito en cuestión.

## II. Formas del mito

### 1. El *Cakravartin* o el que gira la rueda<sup>3</sup>

Como respuesta al fraccionamiento del actual espacio de la India en una pluralidad de reinos desangrados por las guerras, surgió, en el milenio IV o en el III, el mito de un monarca salvador que reduciendo todos los pueblos a unidad política les daría un régimen de paz y de bienestar. El mito sufrió diversas transformaciones y adiciones en función del tiempo y de los pueblos que ocuparon la India, pero, ya elaborado, era, en substancia, lo siguiente:

Un día nacerá un rey, reconocible por ciertas señales de su cuerpo y de su alma como llamado a ser el rey universal de la paz, que

<sup>3</sup> Véase sobre el tema: H. Zimmer, *Philosophies of India* (New York: 1956), págs. 127 y ss. A. K. Coomaraswamy, *Spiritual Authority and Temporal Power in the Indian Theorie of Government* (New Haven: 1942). Para textos, vea Muller, *Sacred Books of the East* buscando en el índice alfabético bajo *kacravartin*. Vea también las fuentes citadas por Zimmer.

pondrá fin a las guerras entre los reinos particulares. La presencia de lo sobrenatural, ya manifestada en las señales, se ratifica en cuanto que el momento de iniciar su misión le será indicado por la aparición en el cielo de una rueda o círculo radial, que poniéndose en movimiento precederá al rey y le guiará en sus campañas. Pero sólo el *cakravartin* es capaz de originar el movimiento de la rueda. Su fuerza moral, su enorme virtud y talento le dan un poder irresistible y, uno tras otro, van cayendo todos los reinos dilatándose su poder hasta los horizontes más lejanos y hacia los cuatro puntos cardinales, y estableciéndose así el imperio universal de la paz y de la virtud. Cuando el mito se conexionó con el budismo, la misión del *cakravartin* fue imaginada como la realización en el orden secular de la renovación universal que Buda estaba llamado a cumplir en el orden espiritual. Siete atributos acompañan al monarca: 1) la rueda, símbolo de variadas significaciones, pues, ante todo significa al sol y, con ello, la luz, la vida y el ojo que cuida y vigila a todos; significa también el círculo de las altas montañas que, más allá del océano, rodean al mundo, y, por tanto, la universalidad; pero significa no menos la unidad, puesto que sus radios se centran en un punto. Sólo el *cakravartin* puede ser el eje que mueva esta rueda en la que se unifican el orden del cielo y de la tierra, el orden cósmico y el orden político; 2) el divino elefante blanco que junto con 3) el "caballo blanco como la leche", llevan al monarca universal a través del firmamento en sus campañas y viajes; 4) la piedra mágica que convierte la noche en día y que, realizando cualquier deseo, significa la omnipotencia; 5) la perfecta reina sin tacha física ni moral, arquetipo de belleza y virtud, y cuyo cuerpo es cálido en tiempo frío y fresco en tiempo caluroso; 6) el perfecto ministro de hacienda, siempre con recursos y 7) el perfecto general en jefe, siempre victorioso.

En éste como en otros casos, el mito sirvió de cobertura ideológica para ciertos monarcas que dominando a los pueblos no precisamente por la fuerza moral sino por la violencia de las armas, asumieron la denominación de *cakravartin*, que se convirtió así en un título equivalente al de emperador o rey de reyes.

## 2. El triunfo de Ahuramazda<sup>4</sup>

El mito del reino final tuvo una importancia de primer orden en las concepciones religiosas del zoroastrismo. Según esta religión, la

<sup>4</sup> R. P. Masani, *Le Zoroastrisme* (París: 1939), en especial caps. X y XI. H. Von Glasenapp, *Die Nichtchristlichen Religionen* (Frankfurt: 1957), págs. 288 y ss. E. Herzfeld, *Zoroaster and his World* (Princeton: 1947), t. I, págs. 293 y ss. Sobre la función político ideológica del zoroastrismo, vea entre otros: E. Voecelin, *Order and History* (Louisiana: 1956), t. I, págs. 146 y ss.

unidad preexistente a la creación, unidad personificada en Ahuramazda, se dividió, una vez creado el mundo, en el principio del bien y de la concordia, personificado en Spenta Mainyu, y en el del mal y de la discordia personificado en Angra Mainya (más tarde llamado Ariman). La historia entera de la creación transcurre en cuatro *eones* de a 3,000 años cada uno, es decir, en 12,000 años. Primero fueron creados un hombre y un animal arquetípicos y originarios que en el tercer *eón* fueron matados por Ariman, pero de cuya semilla nació la primera pareja humana y, con ella, la humanidad como género. A partir de ahora comienza la gran lucha entre el bien y el mal tanto en el interior de cada hombre como en la sociedad, que debe ser mejorada y ordenada según la justicia y la paz, tratando de aproximarse a la pureza primitiva de las cosas.

Para ayudar a esta constante lucha, Ahuramazda envía, a partir del cuarto *eón*, ciertos salvadores que impiden que todo se hunda e introducen mejoras transitorias en la creación. Al fin de los tiempos, el último de los salvadores vencerá definitivamente al dragón—simbolización del espíritu maligno— y entonces no sólo habrá una salvación individual sino también una salvación social. Se inaugurará un orden suprahistórico en el que el mundo será perfecto, pues no habrá cambio ni mortalidad, desaparecerán la corrupción y la descomposición, serán excluidos el mal, la mentira y las malas costumbres, se introducirá el buen hablar, desaparecerán el hambre y la sed, resucitarán los muertos y los vivos compartirán la inmortalidad.<sup>5</sup>

Si no el reino feliz, sí el principio dualista que es su supuesto, actuó muy enérgica y claramente como ideología del Imperio Aqueménida (530-320 a. J.). La población sedentaria del oriente iranio estaba expuesta a las incursiones y pillaje de los pueblos nómadas que vivían sobre las fronteras, lo que contribuyó a formar la creencia de que el imperio iranio encarnaba políticamente el principio personificado por Spenta Mainyu, es decir, la verdad, el bien, la luz y la justicia, mientras que los países enemigos encarnaban los principios contrarios. En consecuencia el triunfo universal del imperio iranio significaría un paso decisivo, si no definitivo, hacia la integración de todos los pueblos y de todo el espacio en el buen reino de Ahuramazda.

### 3. *El León de Judea*

Los historiadores de las religiones admiten hoy el influjo de las concepciones iránias sobre la escatología judía. En todo caso, cuando los hebreos perdieron su independencia política y pasaron a situación

<sup>5</sup> Vea los textos (en alemán) en K. F. Geldner, *Die Zoroastrische Religion (Das Avesta)* (Tubingen: 1926), pág. 45 y ss., de donde los hemos tomado. En inglés vea los tomos XXIII y XXXI de M. Mueller, *Sacred Books of the East*.

de servidumbre bajo otros pueblos surgió en ellos la firme esperanza en que Yavé los establecería en un nuevo reino. Sobre cómo iba a ser este reino hubo distintas versiones.<sup>6</sup> Para unos suponía una renovación cósmica tras de la cual se restauraría el paraíso en el que el hombre viviría en paz con Dios, consigo mismo, con sus semejantes y con el mundo natural, rodeado de un tierra que daría espontáneamente sus frutos y en la que "el lobo y el cordero serán apacentados juntos y el león comerá paja como el buey", dice Isaías (65,25), como símbolo de paz y de ausencia del espíritu de discordia. Otras versiones no consideran necesaria una restauración cósmica pero sí moral, de tal modo que si no hay que fundir de nuevo cielos y tierra sí hay que hacer un hombre nuevo que lleve la ley dada en las entrañas y escrita en el corazón.

Pero estas y otras ideas del reino, de tipo estricta o preponderantemente religioso, sufrieron un proceso de politización como respuesta a la servidumbre política del pueblo judío. En este sentido, ya Daniel (s. II a. J.) dio a conocer su visión de los cuatro imperios —llamada a tener enorme influjo en las concepciones medievales— a los que seguiría un quinto imperio universal y eterno. La politización se hizo más intensa como resultado de la oposición al mesianismo político romano (vea infra) manifestándose, sobre todo, en los Apocalipsis de Esdras y Baruch decididamente orientados contra Roma.<sup>7</sup> Según el primero, vendrá el León de Judea (personificación del Mesías) a cuyo rugido se abrasará el Aguila, es decir, Roma, y bajo la dominación de Israel se establecerá el reino de la paz y de la justicia. Según la imagen de Baruch, después de la peor de las servidumbres bajo el peor de los imperios, los judíos vencerán al ejército romano a cuyo emperador conducirán encadenado al sagrado Monte de Sión donde le darán muerte. Aniquilados o reducidos a servidumbre los pueblos que oprimieron a Israel se establecerá un reino del que estarán ausentes la enfermedad, el dolor, la muerte prematura y otros males y donde reinarán la concordia, la justicia, la felicidad y la abundancia.

En todo caso, la instauración del nuevo reino será precedida por una lucha tremenda y final, en la que los hebreos pelearán ayudados por legiones angélicas, y que en alguna ocasión es imaginada con arre-

<sup>6</sup> Vea un resumen en el artículo *Kingdom of God* en el *Dictionary of the Bible*, dirigido por J. Hastings.

<sup>7</sup> Los textos de los apocalipsis en cuestión han sido publicados en inglés por R. H. Charles, *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the Old Testament* (Oxford: 1913), Esdras, XI-XIII, págs. 608-19; Baruch, en esp. XXIX, págs. 499 y ss. No hay que confundir al Esdras y Baruch en los Apocalipsis con los autores de los libros del mismo nombre en el Antiguo Testamento. Es un rasgo de la literatura apocalíptica judía que sus autores se oculten tras nombres de profetas bíblicos. Vea sobre el asunto Stauffer, *Jerusalem und Rom* (Bern: 1957), págs. 40 y ss.; este libro se ocupa del tema de la oposición teológico-política entre el mundo romano, el judío y el cristiano.



glo a los métodos de combate del ejército romano, lo que es bien expresivo de su politización. La lucha y la marcha hacia el nuevo *eón* serán conducidas por un intermediario entre Dios y los hombres, normalmente por un ungido del Señor, es decir, dicho en hebreo, por un Mesías y, dicho en griego, por un Cristo. En las versiones rigurosamente politizadas se estima que el nuevo reino puede ser establecido por una revuelta armada y por unos caudillos que, sin ser divinos, estén divinamente inspirados y que, sin sustituir la intervención divina, la precipiten.

La historia del pueblo judío después de su dispersión muestra patentemente la eficacia integradora de la creencia en la promesa del reino, pues ha sido tal creencia uno de los factores principales—ideológicamente el principal—para mantener su coherencia y estructura comunitaria, uniendo lo que el tiempo y el espacio habían separado o dispersado. Pero antes de su diáspora fue también la creencia en el reino lo que generó la capacidad moral y militar de la resistencia del pueblo judío frente a Roma. En el marco de tal creencia tuvo lugar la venida y la muerte de Jesucristo. Y todavía después de Cristo, las versiones politizadas del reino inspiraron varios movimientos insurreccionales, el último de los cuales, en 132, puso fin a la esperanza de establecer el reino por vía insurreccional, pero no a la esperanza de que vendría el reino que, como hemos visto, mantuvo la unidad judía en medio de un mundo hostil.

#### 4. Roma, revelación del poder divino en la historia

Las versiones politizadas de los Apocalipsis de Esdras y de Baruch estaban dialécticamente relacionadas con las pretensiones romanas de establecer no solamente un imperio universal sino también una era feliz que cerraría la historia, reproduciendo así el tema arquetípico de la plenitud de las gentes, del espacio y de los tiempos.

Como consecuencia del contacto romano con los pueblos helenísticos se abrió paso la idea de que Roma constituía la revelación del poder divino en la historia, con lo que el mito del reino final se politiza definitivamente al ser encarnado por una potencia política. Versiones concretas de tal mito son los fragmentos de las sibilinas, el *Carmen Saeculare* de Horacio y, sobre todo, la égloga VI de Virgilio. Según estos testimonios ha terminado la época caduca y comienza la época de los grandes siglos o edad de oro en la que, borrándose los vestigios de la maldad, Roma dictará leyes a todo el universo y engendrará hijos iguales a los dioses. De nuevo florecerán la fe, la paz, el pudor y la virtud antiguas. La tierra se verá libre de temores perpetuos, acabán-

dose los animales dañinos y las malas hierbas. Reinará una gran prosperidad económica pues las ubres de las cabras estarán henchidas de leche, la tierra será fértil sin el esfuerzo del cultivo, las encinas sudarán miel, la lana saldrá teñida del vellón de los carneros y el mercader abandonará la (terrible) mar.<sup>8</sup>

Mas este reino definitivo y feliz sólo podía realizarse a través de una intervención sobrenatural a la que, también por influjo oriental, se le concibió en forma de un emperador salvador en el que se fundirían el cielo y la tierra. La salvación del mundo radicaba ciertamente en la política, pero, rebasando las fuerzas de un político ordinario, sólo podía llevarse a cabo por un estadista de naturaleza divina, por un héroe, en el sentido griego del vocablo, por un dios manifiesto —*epiphanes*—, en el sentido helenístico. Las inscripciones de las monedas imperiales —y téngase en cuenta que la moneda romana no era sólo un medio de pago sino también, a través de sus figuras y leyendas, un medio de propaganda política—<sup>9</sup> nos muestran a los emperadores como portadores de estas esperanzas salvadoras, a través de títulos como "Salvador del género humano", "Guía de la Fortuna", "Tiempos de Felicidad", "Restituye los tiempos", es decir, vuelve a los buenos y originarios tiempos, "Conservador de la vida sempiterna", "Viene el Esperado", "Trae la Luz Eterna", etc.

Ya estas inscripciones nos indican que el reino feliz no era sólo considerado como algo que se esperaba para el futuro sino también como algo dado en el presente y, en efecto, en más de un testimonio, el Imperio romano se manifiesta a algunos contemporáneos como la realización de la edad dorada sobre la tierra, del mismo modo que en nuestros días se ha hablado de paraísos democráticos o soviéticos. Valga como testimonio, entre otros que podrían citarse, este fragmento de un decreto de Halicarnaso (hacia el siglo I a. J.): "hay paz en la tierra y en la mar, las ciudades florecen en la obediencia a la ley y en la concordia y prosperidad; hay culminación y abundancia de todos los bienes, de radiantes esperanzas para el futuro y de alegrías para el presente".<sup>10</sup>

### 5. El milenio

La extensión de un artículo de revista no permite entrar en el tema del enfrentamiento del mito romano y de la creencia cristiana en el reino. Sólo diremos que, precisamente ante una moneda romana, Jesús da un no rotundo al falso mesianismo político y que separando

<sup>8</sup> Virgilio, Egloga IV, 4-10; Horacio, Carmen Saeculare, 10 y ss.

<sup>9</sup> Sobre la significación de las monedas como medio de propaganda política, Stauffer, *Christus und die Caesaren* (Hamburg: 1952).

<sup>10</sup> Vea el texto en Barker, *From Alexander to Constantine* (Oxford: 1956), pág. 213.

los términos unidos en el denario —el emperador deificado y una inscripción relativa a su deificación—<sup>11</sup> distingue entre el reino de Dios y el reino del César y abre vía a una de las tensiones capitales que han dominado la historia de occidente. El futuro reino tendrá naturaleza puramente espiritual y sólo se manifestará con la segunda venida de Cristo que, entre tanto, es concebido como el *imperator* invisible de la *militia christiana* visible que pelea para abrir la vía al reino eterno y que está llamada a obtener la victoria en la lucha final que cerrará los tiempos.<sup>12</sup>

Pero el Apocalipsis de San Juan, recogiendo antiguas tradiciones judías, desarrolla la idea del milenio, es decir, de un reino de mil años en el que Cristo reinará con los mártires sobre la tierra; después, se soltará de nuevo al demonio y, a continuación, tendrá lugar la segunda resurrección de Cristo, el Juicio Final y el establecimiento definitivo del reino de Dios. La creencia en cuestión, aunque sujeta a variaciones de detalle, cobró gran expansión, a lo largo del siglo II, no sólo entre las masas populares sino también entre cristianos cultos como Tertuliano, Ireneo y Lactancio, que no se satisfacían con el reino intemporal sino que, antes del mismo, anhelaban un reino en esta tierra que compensara el resentimiento generado por la persecución.

A título de ejemplo resumimos la imagen de Lactancio,<sup>13</sup> "el Cicerón cristiano", quien integra la oposición a Roma en su visión del milenio y en la que, por tanto, está muy presente, al menos negativamente, el momento político concreto se aproxima el fin de este mundo en medio de terribles desgracias y conmociones. Roma, que algunos consideran eterna, desaparecerá —pues lo que construyó el hombre puede ser destruido por el hombre—, la magnitud de su caída será tan inmensa como su grandeza, el poder romano pasará a Asia, y occidente, por tanto, caerá bajo la servidumbre de oriente. Todo ello transcurrirá dentro de un tétrico marco universal, de manera que cuando el mundo se aproxime a su fin la maldad dominará por doquier, no habrá justicia, ni fidelidad, ni paz, ni verdad; la violencia y la osadía afirmarán su imperio, nadie tendrá más propiedad que la que pueda adquirir y defender con su puño, se desconocerá la piedad hacia los débiles y el mundo será sacudido por guerras externas, civiles y entre generaciones. Nuevos reinos se repartirán la tierra pero uno más poderoso se hará con todo el poder. Se darán nuevas leyes anulándose las antiguas y se transformará el nombre y sede del Imperio. Nadie gozará de la alegría de la vida hasta el punto que los vivos lamentarán

<sup>11</sup> Stauffer, *Christus*, págs. 134 y ss.

<sup>12</sup> Vea sobre el asunto Peterson, *Christus als Imperator* en *Theologische Traktate*. (München: 1951), pág. 151.

<sup>13</sup> Lactancio, *Divinae Institutiones*, VI, 15 y 16.

su vivir y envidiarán la suerte de los muertos. A la destrucción por el fuego y por la espada (símbolos de la violencia política) se unirá la destrucción cósmica. La tierra se hará estéril y el agua se transformará en sangre y hiel. No habrá luz, pues empalidecerá el sol y la luna se coloreará de sangre. Vendrá el Loco (Anticristo) dotado del poder de hacer milagros, y no habrá pausa en la crueldad, de manera que el sueño traerá el temor y el día la infelicidad. Ante la resistencia a ser adorado, matará dos tercios de los hombres y el resto se refugiará en las montañas a donde los perseguirá el tirano.

Los justos, entonces, invocarán la ayuda de Dios y descenderá Cristo con su poder inmenso y rodeado de legiones angélicas. En la cuarta batalla aniquilará a su antagonista y reducirá a servidumbre los pueblos que le seguían. Se establecerá, al fin, el reino de mil años en el que Cristo reinará con todos los justos sobre la tierra en una era de paz y de abundancia, en la que las estrellas irradiarán brillantes, el sol lucirá claro y la luna no tendrá eclipses; las bendiciones de Dios descenderán noche y día, "la tierra producirá todos los frutos sin esfuerzo humano. Las rocas destilarán miel, y manarán fuentes de leche y de vino. Las bestias de los bosques abandonarán el salvajismo y se amansarán; el lobo andará entre los corderos, la ternera con el león, la paloma se asociará con el azor, la serpiente no tendrá veneno; ningún animal beberá de la sangre de otro pues Dios producirá para todos abundante e inocente alimento". Después de pasados mil años volverá de nuevo el príncipe de las tinieblas, inaugurándose otro período de lucha hasta el establecimiento del eterno reino de Dios.

El mito del milenio —que a lo largo del tiempo se expresó, naturalmente, en muy distintos juegos de imágenes, algunas muy politizadas— dio origen a los movimientos conocidos como montanismo y chialismo, y sirvió de sustentación ideológica a la mayoría de los movimientos populares de rebeldía social durante la edad media y la época de la reforma.<sup>14</sup>

## 6. *El último emperador*

Junto al antagonismo a Roma se abrió también paso entre los primeros cristianos una tendencia contraria, es decir, que lejos de concebir al Imperio como obra de la perversidad humana lo concibió como creación de la providencia, destinada a servir de marco político a la expansión del cristianismo. Según esta tendencia, los apóstoles podían caminar a todos los países a través de las calzadas imperiales, bajo

<sup>14</sup> Tanto las distintas versiones del milenio como los movimientos a que dieron lugar son estudiados en el valioso libro de N. Cohn, *The Pursuit of the Millenium* (Fair-lawn, N. J.: 1957).

la seguridad personal proporcionada por el saludable temor a las legiones y a la *lex* romanas, y, dirigiéndose a todos en una misma lengua (el latín), propagar una religión de paz a unas gentes ya preparadas para ello por los hábitos creados por la *pax romana*. A partir de la conversión de Constantino y de la subsiguiente cristianización del Imperio, esta tendencia cobra mucha mayor intensidad. La ecumenidad romana, se afirma, coincide con la cristiana y a la unidad de los hombres bajo un solo Dios corresponde, dice Eusebio de Cesárea, la unidad de los pueblos bajo un emperador. En resumen: cristiano y romano son dos dimensiones de una única realidad como lo son, en sentido contrario, bárbaro y pagano, y el Imperio es ahora concebido como la forma política que tomará el mundo cristiano hasta el fin de los tiempos.

Esta idea es la dominante durante la alta edad media y, en especial, sirve de ideología al Sacro Imperio Romano Germánico en el que se continúa idealmente el romano, pues, de acuerdo con tal tendencia, mientras haya mundo habrá Imperio. Tal es una de las ideas fundamentales sobre las que se asentará la nueva versión del mito del reino. La otra idea es la contraposición entre la ciudad de Dios y la ciudad del diablo formulada por San Agustín. Como es sabido, en su concepción originaria tales ciudades tienen naturaleza puramente mística. Pero con el agustinismo político, es decir, con la conversión de la idea agustiniana en ideología, los términos místicos de la ciudad de Dios y de la ciudad del diablo adquieren una versión política concreta: la ciudad de Dios son los pueblos cristianos y la ciudad del diablo los pueblos paganos.

En este marco surge una nueva forma política del mito expresada principalmente en la leyenda del último emperador, originada en Bizancio y en Siria, y que en los siglos VIII y IX penetra en Europa occidental donde se propaga rápida y extensamente. Aunque la leyenda en cuestión presente varias versiones, puede sintetizarse del modo siguiente.<sup>15</sup> El Imperio Romano (medieval) es la forma política del *eón* cristiano dotado de la misión definida de evangelizar a todo el género humano. El último de los emperadores realizará una campaña victoriosa cuyo resultado será la reducción de todos los pueblos paganos a la fe, la conversión de los judíos a la verdad y la destrucción de los pueblos que resistan. Entonces, terminada la misión del Imperio e instalados los cristianos en Jerusalén, el último de los emperadores ascenderá al

<sup>15</sup> Los textos de las principales versiones de la leyenda han sido publicados y estudiados por E. Sackur, *Siby Vinische Texte und Forschungen* (Halle: 1898). Muy interesante es la versión del *Ludus de Anticristo* (ed. de F. Wilhelm, s. a., 1930?), donde se contienen incluso las palabras que pronunciará el emperador en el acto de la entrega de las insignias. Me ocupo con más extensión de esta leyenda en un libro próximo a publicarse en Madrid por la *Revista de Occidente*.

Monte del Calvario y devolverá las insignias imperiales a su auténtico y originario poseedor, es decir, a Jesucristo, de quien las había tenido en calidad de vicario para la misión concreta de reducir el género humano a la verdadera fe: "se ha consumado el Imperio", o "aquí cesa el Imperio Romano", dicen los escritos de la época. Ya pueden venir el Anticristo y Cristo, pues ha cesado la batalla histórica y adviene la suprahistórica o marginalmente histórica.

La ascensión al Gólgota para la devolución de las insignias está relacionada no sólo con la antiquísima creencia de que las insignias pertenecen originalmente al cielo,<sup>16</sup> sino también con el mito del "centro", estudiado por Mircea Eliade, es decir, con la creencia de que hay un punto cósmico donde se unen tierra, cielo e infierno y que para los cristianos era, naturalmente, Jerusalén y, en especial, el Gólgota.<sup>17</sup> Y como la entrega de las insignias tiene lugar al final de la historia resulta que se unen la plenitud del espacio (puesto que Jerusalén es el centro cósmico) con la plenitud de las gentes (puesto que todos forman la comunidad cristiana) y con la plenitud de los tiempos (puesto que se ha colmado la historia). Pero en algunas de las versiones —por ejemplo, en la muy propagada de la sibilina tiburtina— entre la victoria del último emperador y la consumación de la historia habrá un glorioso y feliz imperio de paz que durará 112 años, "y en esos días dominará una gran riqueza, la tierra dará con tal profusión sus frutos que la fanega de trigo se venderá por un denario y la medida de aceite o de vino se venderá por un denario".

La creencia en el último emperador sirvió de sustentación ideológica al Imperio, fue aireada por sus propagandistas y utilizada en las polémicas del tiempo disputando, por ejemplo, si el último emperador sería alemán o francés; estuvo muy presente en el espíritu de la cruzada, siendo una de las razones aludidas por el papa Urbano IV para llevar a cabo la empresa, y ecos del mito se encuentran todavía en la España de Carlos V, muy posiblemente como resonancia romántica.<sup>18</sup>

La creencia en el último emperador que iría a Jerusalén a devolver sus insignias fue mantenida preponderantemente por los círculos cultos de la época. Junto a ella hubo otras creencias afines como la del em-

<sup>16</sup> Veá H. Frankfort, *Kingship and the Gods* (Chicago: 1948), págs. 237 y 398 n. 18.

<sup>17</sup> Veá Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno* (Buenos Aires: 1952), págs. 24 y ss. y *Traité d'Histoire des Religions*, París, 1953, pp. 321 y ss. Con referencia a la política en el mundo antiguo. Voegelin, *Op. cit.*, en la n. 4, págs. 27 y ss.

<sup>18</sup> Veá, por ejemplo, un curioso romance (escrito probablemente antes de 1534) en la "Biblioteca de Autores Españoles", t. XVI, 150. Ecos del mito del imperio universal se encuentran también en el "Soneto Imperial" de Hernando de Acuña (m. 1550): "Ya se acerca, Señor, o ya es llegada la edad gloriosa en que promete el cielo una grey y un pastor solo en el suelo por suerte a vuestros tiempos reservada... y anuncia al mundo para más consuelo un Monarca, un Imperio y una Espada..." Veá *Poesías de Acuña* (Madrid: 1881).

perador aparentemente muerto pero, realidad, dormido, que *vivit et non vivit*, y que un día, cuando parezca que las cosas no tienen arreglo, resucitará, y saliendo de la gruta en duerme hará que brille el sol de la justicia y que reinen la paz y el bienestar. La leyenda fue aplicada en especial al emperador Federico II; en ella encontraron muchas pobres gentes compensación emocional a su miserable situación, y tres impostores pagaron con su vida el engaño de hacerse pasar por Federico redivivo.<sup>19</sup>

Por lo demás, sería imposible hacer en los límites de un artículo ni siquiera un catálogo de las creencias y movimientos medievales basados en el milenio, que no significa necesariamente 1,000 años, sino un *eón*. Merece la pena, sin embargo, una breve referencia a Joaquín de Floris con su doctrina de la edad del Espíritu Santo, que seguiría a la edad del Hijo como ésta siguió a la del Padre. La nueva era que anunciará el nuevo caudillo, *novous dux*, será una era puramente espiritual, una edad de *plenitudo intellectus* o reino del Espíritu, en la que reinará el amor, la alegría y la libertad; la gente se reducirá voluntariamente a la pobreza y, por tanto, no habrá propiedad, riqueza, ni necesidad de trabajo; los hombres se dedicarán a una vida puramente contemplativa, y puesto que se trata de una comunidad de seres perfectos no habrá ni Iglesia ni Imperio, pues no tendrán sentido los poderes. Las visiones de Joaquín, aunque de carácter puramente místico, provocaron importantes movimientos herético sociales entre los que destacó la dictadura romana de Cola de Rienzo (1349-50) que se consideró a sí mismo como el nuevo *dux*.

### 7. Encubrimiento del mito en el mundo moderno

En los comienzos del mundo moderno, el mito del reino feliz continuó operando en las creencias populares, especialmente como resultado de las conmociones sociales derivadas de la reforma y hasta en algunos casos, como en Munster bajo el régimen de Bockelson (1534-35), se proclamó el reinado de los santos bajo un rey ungido e investido de *globus*, cetro, trono y doble espada, destinado, según sus secuaces, a tener poder sobre toda la tierra y a inaugurar la tercera edad de venganza y de triunfo de los santos destinada a propagar la segunda venida de Cristo. En realidad se trataba de un curioso intento de Estado totalitario cuyo rey terminó en el patíbulo.

Pero el mito estaba llamado a perder vigor en un mundo dominado por la creencia en la razón y fue sustituido por la utopía, bajo la que el impulso mítico se recubre de una cobertura racional. La

<sup>19</sup> Sobre esto vid. la *op. cit.* en la n. 14.

esperanza del régimen feliz no se despliega ahora en un abanico de imágenes sino que se ordena en un sistema de conceptos. No se le sitúa al fin o en el margen del tiempo sino que es concebido fuera del espacio o marginal al espacio; para su realización no hay que esperar las "últimas cosas", basta solamente que se den ciertas condiciones o que se sea lógico con ciertas premisas; la lucha escatológica que es un elemento esencial del mito del reino feliz, es sustituida por la contemplación intelectual. Así como cualquier mito es total y hay que tomarlo o dejarlo en bloque, la utopía —como observó Sorel— es descomponible en sus elementos y, por consiguiente, se le puede aplicar parcialmente y es capaz de abrir vía a la reforma social, lo que no es posible con el mito; inherente al mito es su función de promover procesos de integración y de lucha, mientras que la utopía es una fría creación intelectual; el uno es una verdad de fe que nos dice cómo serán ciertamente las cosas, la otra es un verdad de razón que nos indica cómo podrían ser; el mito es simple, la utopía es pedantescamente compleja. Por eso, la edad media no fue época de utopías, como la edad burguesa no fue época de mitos, y por eso también con la quiebra del mundo burgués el mito vuelve a acusar su presencia en la vida política.

La utopía es pues la forma encubierta que toma el motivo mítico en una situación de decidida oposición a las construcciones irracionales.<sup>20</sup>

Pero la utopía no sólo responde racional y contemplativamente a lo que el mito responde irracional y combativamente, sino que ella misma puede convertirse en mito mediante un cambio en la significación y función de sus contenidos. Basta para ello que lo concebido como sistema de conceptos se transforme en una masa de imágenes; que la visión analítica se convierta en sintética; que la verdad de razón se mude en verdad de fe, cuyo cumplimiento se espera con certeza tras una lucha final, es decir, que de una pretensión de verdad mental se transforme en una verdad vital indisolublemente unida a la existencia de un grupo; que el pensamiento se haga movimiento; que su aceptación se sitúe más allá de toda demostración lógica, y que, como consecuencia de todo ello, sea capaz de promover procesos de integración y de desintegración en el campo social y político. En resumen, lo concebido como utopía puede, al ser arrojado y apropiado por las

<sup>20</sup> En nuestro tiempo se han producido unas utopías agoreras o *a sensu contrario* que obligan a rectificar la imagen clásica de la utopía como racionalización de un posible régimen bueno y feliz. Nos referimos a esa nueva versión utópica, de la que son ejemplo libros como los de Huxley (*Brave New World*) y Orwell ("1984") en la que se pretende mostrar el terrible régimen a que irá a parar el mundo de desarrollarse con implacabilidad lógica y sin obstáculo ciertos principios fundamentales que inspiran a nuestra época. En este caso la utopía expresa en esquema racional el mito contrario al del reino feliz, es decir, un mito cuyo contenido e impulso es el terror ante algo que va a suceder y al que podríamos simbolizar de modo general como el mito de Gog y Magog.



masas, al pasar de la razón a la emoción, cambiar de estructura y de función hasta convertirse en un mito, pues lo cierto es que en el fondo de toda utopía hay una idea mítica. ¿Qué sabían las masas obreras de la primera mitad del siglo XIX de las complejas utopías? Como saber, sabían muy poco y de modo muy vago, confuso y, a la vez, simplificado, pero creían en un caos de imágenes derivadas de ellas y en una fuerza histórica que —sustituyendo al antiguo destino o providencia— engendraría una nueva sociedad; y tal creencia les dio la fuerza y el entusiasmo necesarios para pelear en la época heroica de las luchas proletarias.

Veamos ahora la relación del mito del reino con una idea de decisiva importancia en nuestro tiempo. Nos referimos a la idea del progreso. Visto en términos amplios, el mito del reino feliz es una expresión (irracional) de la idea de la historia como progreso, es decir, supone que la historia tiene un objetivo hacia el que camina de modo irreversible, en cuyo andar no es posible ninguna verdadera vuelta hacia atrás, sino tan sólo momentáneos retrocesos para recobrar con creces el camino perdido. Esta idea, puede ser compatible con la vuelta a un primitivo estado de felicidad y de pureza siempre que sea concebido como fin de la progresión. Nada tiene pues de extraño que haya un paralelismo, a primera vista sorprendente, entre la idea de la historia de las antiguas concepciones míticas y religiosas y la moderna teoría del progreso y, en general, de la Ilustración. Ambas se originan de una revelación que, en un caso se debe a la divinidad o a uno de sus mensajeros y, en otro, a la razón; esta revelación parte los tiempos, de manera que a las tinieblas, a la superstición, al error y a la tiranía ha sucedido la época de la luz, del verdadero conocimiento, de la verdad y de la libertad. Frente a los siglos oscuros estamos ahora ante el siglo luminoso. El mundo se le manifiesta en los dos casos como una lucha entre la verdad y el error, pero cuya victoria definitiva corresponderá, sin duda, a la primera. Ambas concepciones parten de un desprecio de la historia pasada salvo en lo referente a aquellos acontecimientos que sean una lucecita o un paso hacia los actuales y venideros tiempos. Y bajo este supuesto, el desconocimiento, el prejuicio y la incomprensión que la historiografía progresista mostró hacia la edad media sólo es comparable al desconocimiento, prejuicio e incomprensión que la historiografía de la alta edad media tuvo para la historia pagana.

La teoría moderna del progreso tiene, ciertamente, un despliegue racional, pero parte de supuestos que no están demostrados en ninguna parte, a saber, o bien que el hombre sea indefinidamente perfectible o bien que tienda hacia un estado bueno y definitivo en el que detenga

la historia. En realidad, como ha dicho el mejor y más conocido de los historiadores de la idea del progreso, J. B. Bury: "el progreso de la humanidad pertenece al mismo orden de ideas que la providencia o que la inmortalidad personal. Es verdadero o falso y parecido a ellas no puede ser probado ni como verdadero ni como falso. Creer en él es un acto de fe. La idea del progreso humano —añade—envuelve una síntesis del pasado y una profecía del futuro. Se basa en una interpretación de la historia que considera al hombre avanzado en una dirección definida y deseable, de donde infiere que el progreso continuará indefinidamente, e implica que como *the issue of the earth's great business*, se gozará últimamente de una libertad general que justificará todo el proceso de la civilización".<sup>21</sup>

La idea del progreso, podemos añadir, es la expresión en una época racionalista del mismo impulso humano que satisface el mito en un tiempo racionalista. Pero cuando la gente, sin conocer las complejas y detalladas conexiones lógicas, desarrolladas por los tratadistas de la teoría del progreso, cree en él a pies juntillas, cuando transforma sus conceptos en imágenes, cuando está dispuesto a morir y a matar so capa del progreso, nos encontramos con que, al igual que la utopía se transforma en mito político. Durante los últimos años han caído en desuso contraposiciones estimadas por otras épocas, como reaccionario y revolucionario o, incluso fascista y antifascista, y entre sus sustituciones en el campo de la tensión y de la lucha política diaria se encuentra la de progresista —o progresivos— y antiprogresistas. No se dice en concreto en qué consiste el progreso, aunque sí parece ir unido a unas vagas y descoloridas ideas de democracia popular, socialismo, etc., y a sus correspondientes "antis". Pero todo esto es lo de menos, lo importante es que para ciertos grupos que la palabra en cuestión ha adquirido el suficiente poder mágico para considerar indigno de existencia lo que se opone a ella.

### 8. *El mito del reino en nuestra época*

El ascenso de las masas a clase política activa, unido a las difíciles situaciones emocionales por las que pasaron ciertos países desde la primera post guerra, tuvo como consecuencia un nuevo despliegue de la mitología política en el que se hacen presentes versiones renovadas del mito del reino final, tales como las acuñadas por el marxismo militante y por el nacional socialismo.

<sup>21</sup> J. B. Bury, *The Idea of Progress, An Inquiry into its Origin and Growth* (New York: 1955), págs. 4 y 5.

### I. *La sociedad sin clases*

Por marxismo militante entendemos no sólo la doctrina de Marx sino también un conjunto de representaciones que basándose en ella, surgen del folklore proletario. Nada más lejano del pensamiento de Marx que la idea de que su sistema albergará componentes irracionales e irreales y, en este sentido, tiene buen cuidado en contraponer su socialismo "científico" al socialismo "utópico" de la época anterior. Pero no hay que dejarse impresionar por el vocablo científico. En primer lugar, "científico", en el contexto del siglo XIX es algo que tiene de todo menos de neutral, es, sociológicamente visto y políticamente explotado, un concepto polémico orientado contra un enemigo concreto constituido por las creencias religiosas y por el conjunto de instituciones políticas, sociales y de otra especie, que se consideraban estructuralmente vinculadas a ella, y a las que Chateaubriand había simbolizado como "el trono y el altar". Recuerdo que en alguno de sus escritos Bakunin contrapone la fea, vieja y aristocrática dama de la metafísica, aristocrática puesto que se construye jerárquicamente de arriba a abajo, a la joven, hermosa y democrática moza de ciencia, democrática puesto que se constituye de abajo a arriba mediante la aportación de innumerables datos de la observación y de la experiencia. En segundo lugar el recurso a la ciencia ha sido, por así decirlo, una astucia del mito para encontrar aceptación en una época en que la creencia científica había sustituido en buena parte a la creencia religiosa: "sin la capa científica el mito hubiera tenido escasas posibilidades. La palabra mágica "ciencia" le abrió las puertas de las almas".<sup>22</sup> En tercer lugar "científico" otorgaba, de acuerdo también con las creencias vigentes, esa certidumbre que es momento integrante del mito político, pues lo científico (en la imagen de la época) suponía el conocimiento cierto de un sistema de relaciones necesarias de causas y de efectos que conduce implacablemente hacia un determinado resultado. Por lo demás, no ha sido sólo el marxismo el que ha pretendido fundar en la "ciencia" sus pretensiones políticas: una supuesta biología científica constituyó uno de los fundamentos del nacional socialismo así como la biología darvinista ha servido de ideología a ciertas tendencias reaccionarias.

Todo esto no significa que pongamos en duda lo que el marxismo pueda albergar de verdaderamente científico, ni la indudable importancia que algunos de sus conceptos han tenido para el desarrollo de la teoría económica, de la sociología y de la historiografía. Pero nada de esto anula el hecho de que el despliegue racionalista del marxismo está inspirado en imágenes y en impulsos irracionales y que hayan sido

<sup>22</sup> W. Theimer, *Der Marxismus, Lehre. Wirkung. Kritik* (Bern: 1957), pág. 158.

precisamente éstos el motivo psicológico de que el marxismo prenda en las masas, aunque recubriéndose de vulgarizaciones y de simplificaciones más o menos certeras de complejas teorías marxistas.

Entre las resonancias de viejos mitos arquetípicos albergadas en el cuadro científico marxista, se encuentra la del reino final. La historia entera se resume, según Marx, en una lucha en la que lo único que cambian son los sujetos, pero no el hecho de la lucha misma. Tal lucha es inherente a la realidad histórica ya que ésta se manifiesta en un proceso dialéctico en el que cada nueva situación engendra necesariamente a su contraria hasta que en la etapa final queden cancelados todos los antagonismos. Se puede afirmar que, a lo largo de la contienda, están a un lado el bien y al otro el mal, pero estos términos no surgen aquí por la conformidad o disconformidad con un patrón transcendente sino por su adecuación o no adecuación a las fuerzas inmanentes de la historia. En resumen, es bueno lo que marchando de acuerdo con el tiempo, coadyuda a su adecuado despliegue en formas culturales y sociales, es malo lo que yendo a contrapelo del tiempo trata de mantener formas inadecuadas. El conjunto de la doctrina está pues dentro de la teoría del progreso, pero el progreso no consiste aquí en un acarreo pacífico de resultados sino que va acompañado de una lucha permanente de la que es parte inexcusable el fenómeno de la revolución que actúa como "demiurgo de la historia". A la esperanza en el tiempo que va a venir —típica de las clases oprimidas frente a "aquellos buenos tiempos!" de que hablan las clases altas— se une el matiz heroico de la lucha que genera y moviliza el entusiasmo para ella.

El liberalismo y el sistema capitalista de economía no han anulado esta lucha sino que, por un lado, la han puesto de relieve con toda su crudeza y, por el otro, han hecho más intensas las situaciones que la condicionan e incluso que la determinan. Con acento neo romántico señala Marx en el *Manifiesto* la función deleterea cumplida por la economía capitalista que "ha roto todas las relaciones feudales, patriarcales e idílicas. Ha destruido sin piedad los abigarrados lazos feudales que vinculaban al hombre con sus superiores naturales y no ha dejado otro lazo entre hombre y hombre que el mero interés y el insensible pago al contado. Ha ahogado en las heladas aguas del cálculo egoísta el paroxismo de la exaltación piadosa, el entusiasmo caballeresco, la dulzura de los hábitos campesinos... Ha despojado de su halo sagrado todas las actividades hasta entonces reverenciadas y consideradas con piadoso respeto. Ha convertido en asalariados al médico, al jurista, al clérigo, al poeta, al hombre de ciencia". Junto a estos demoníacos efectos destructores, el capitalismo ha conducido a la clase obrera a una situación infrahumana, pues ser hombre consiste

en determinarse a sí mismo pero los proletarios no se determinan a sí mismos ni viven centrados en sí mismos sino que están enajenados a las necesidades del proceso de producción de mercancías; el hombre, al subordinarse a las cosas, ha sido, él mismo, cosificado, no cuenta como personalidad sino como fenómeno natural, como pura fuerza de trabajo, y su necesaria sumisión a las leyes férreas de la economía la obligan a llevar una existencia animal, no percibiendo por la venta de su fuerza de trabajo más allá de lo necesario para mantenerse y reproducirse. El hombre, pues, ha sido expoliado de su calidad humana.

Pero en medio de tal inhumana situación hay la firme esperanza de que la historia marcha hacia la liquidación de tan pésimas condiciones y hacia la recuperación de la humanidad perdida, firme esperanza que no se basa en la fe en una profecía sino en el examen científico de las condiciones reales de la sociedad: "el comunismo no es un estado de cosas que deba ser establecido ni un ideal con arreglo al cual deba comportarse la realidad. Llamamos comunismo al movimiento real que suprime el estado actual de cosas. Las condiciones de este movimiento derivan de las condiciones actualmente existentes".<sup>23</sup> A medida que la historia camina hacia su fin, la situación —como en las antiguas formas míticas— se hace más miserable y la lucha más intensa. La concentración del capital y el perfeccionamiento de los medios técnicos reduce cada vez mayor número de obreros a la situación de paro y, como el proceso de proletarización será cada vez mayor, con ello, disminuyendo la capacidad adquisitiva de las masas, todo terminará en un tremendo *zussamenbruch*, en un gran cataclismo, en el que se mezclarán el desastre económico con el acto postrero de la lucha política en la que las dos partes mantendrán sus fuerzas tensas y concentradas. Pero, "es la lucha final".

Tras de ella y después de una situación transitoria constituida por la dictadura del proletariado en la que serán dominadas y aniquiladas las fuerzas capitalistas, advendrá la sociedad comunista. Marx no se preocupó e incluso tuvo cuidado en no preocuparse (ya que ello hubiera sido socialismo utópico) en describir el funcionamiento de esta sociedad, pero sí nos dijo que significa la cancelación de todas las oposiciones y antagonismos que han desgarrado la vida del hombre sobre la tierra, sí nos dijo que frente a la enajenación del hombre significa la reapropiación del hombre por sí mismo; que frente a la pérdida del modo humano de vivir significa su recuperación; que disuelve la oposición entre hombre y naturaleza y que, por tanto, sig-

<sup>23</sup> K. Marx, *Der Historische Materialismus. Die Frühschriften*, editados por S. Landshut und J. P. Mayer (Leipzig: 1932), t. II, págs. 25.

nifica la unidad del pleno naturalismo y del pleno humanismo; que supera la antinomia entre la objetivación y la subjetividad, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Con todo ello —y recuperada la existencia humana por el ser humano— queda cancelado el proceso de la historia por haber cumplido su destino.

Salvo la unidad entre lo natural y lo sobrenatural —típica del antiguo mito del reino y, en general, de la visión mítica— todas las demás fusiones y superaciones se encuentran representadas —no en imágenes pero sí en palabras cargadas de sentido— en estas ideas marxistas sobre el tiempo que cancelará la historia. Tampoco es aquí una voluntad divina o un plan de la providencia el que llevará a cabo la instauración del nuevo reino sino una férrea ley histórica una de cuyas versiones son las leyes económicas. Pero al anularse la historia a sí misma anulará todas sus leyes y entre ellas las económicas, como al anularse las clases se anula la sociedad sin clases. El hombre ya no obedecerá a leyes objetivas que aniquilen su subjetividad, no estará “bajo el reinado de la necesidad sino bajo el reinado de la libertad” y puesto que desaparecen los antagonismos que son las leyes del movimiento histórico, parece que nos encontramos ante una sociedad intemporal.

Las canciones proletarias, como, por ejemplo, *La Internacional*, *La Joven Guardia* o *La Varsoviana* recogen y transfieren definitivamente a la vida emocional el viejo mito del reino. Negras tormentas y oscuras nubes impiden ver la verdad y la luz, pero, por fin, se ha hecho la claridad y la revolución marcha arrolladora. Aunque les espere el dolor, la muerte y el destierro, se levantarán los párias de la tierra y se invertirán los fundamentos de la ordenación del mundo, de tal modo que los que hoy no son nada serán en el futuro todo. La salvación ya no está en dioses, ni en reyes, ni en tribunos sino en la misma clase obrera, que, mediante su heroísmo y sacrificio, actuará como redentora de todo el género humano. Se trata de una dura lucha destinada a destruir totalmente el pasado, pero es la lucha final, más allá de la cual se establecerán la paz, la hermandad y la sociedad universal cuya patria es la tierra entera. Y así, de nuevo aunque en nueva forma, nos encontramos con el tema de la plentitud de las gentes, del espacio y de los tiempos.

## 2. *El Reich milenario*

Medida con los criterios que inspiraron las relaciones internacionales desde 1648 (Paz de Westfalia) sobre todo, desde 1815 (Congreso de Viena), la paz de Versalles fue una paz muy dura para los alemanes. Esta paz, además, concluía una guerra al final de la cual el ad-

versario no había puesto el pie en Alemania, mientras que el ejército alemán ocupaba una buena parte de los países enemigos. Las reparaciones de guerra y otras circunstancias crearon una atmósfera de inestabilidad económica que se enlaza más tarde con la crisis mundial que irrumpe en 1929. Un régimen republicano, liberal y tímidamente socialista sustituye al Imperio, pero vive una existencia precaria dependiendo, en última instancia, de la prudencia política del ejército, hasta que finalmente hubo de buscar punto de apoyo en el prestigio casi indiscutido de un viejo mariscal. Dentro de este marco la unidad política del pueblo alemán se puso en riesgo de romperse al escindirse en una pluralidad de partidos no sólo radicalmente antagónicos sino, además, totales, es decir, en partidos que exigían de sus miembros no ya la adhesión a ciertos criterios políticos sino a toda una concepción del mundo y de la vida. Ahora bien, la democracia sólo puede funcionar cuando la gente está de acuerdo en lo fundamental y discrepa en lo accesorio o cuando la discrepancia substancial tiene unos sujetos tan débiles que no ponen en peligro el equilibrio conjunto. Pero este no era el caso alemán donde luchaban, al menos, cuatro fuertes partidos rigurosamente antagónicos y totales. Todas estas circunstancias, unidas a ciertos rasgos del carácter germánico, hacían de Alemania campo fértil para que prosperaran los mitos políticos.

Pero todo campo, por fértil que sea, ha de ser sembrado y cultivado, y, en este sentido es verdaderamente sorprendente y, desde cierto punto de vista, fascinante, cómo tendencias muy distintas del pensamiento alemán fueron preparando, sin conciencia de sus terribles consecuencias, el conjunto de imágenes y de ilusiones que acabarían integrándose en el mito del *III Reich*, mito complejo y compuesto de un conjunto de mitos parciales. Nos encontramos aquí ante el caso de un sistema mítico cuyas raíces y orígenes pueden ser y han sido investigadas<sup>24</sup> y en cuya formulación participaron católicos, protestantes y paganos, espiritualistas y naturalistas, estétas puros y rigurosos profesores, neo románticos y racistas groseros. Pero el tema de las fuentes no podemos tratarlo aquí, solamente queremos mencionar el hecho de unas formas míticas políticas originadas de un proceso intelectual en parte inconsciente y en parte deliberado. Veamos, pues, los rasgos fundamentales del mito.

Alemania, según los propagadores de la nueva mitología, es un país oprimido, destrozado, humillado, escarnecido y explotado como consecuencia, de un lado, de la actividad de unas potencias y fuerzas internacionales de rango inferior que satisfacen así su resentimiento frente a la grandeza alemana y, de otro lado, como consecuencia de la

<sup>24</sup> J. Neurohr, *op. cit.*, n. 2.

traición interna que, primero, dió una puñalada por la espalda al victorioso ejército alemán y, después, instituyó un régimen político y social que representaba institucional y espiritualmente la entronización de lo antialemán. Pero, por una especie de milagro histórico, Alemania despertará a la llamada de un salvador. "¡Despierta Alemania!", fue, en efecto la consigna del partido nacional socialista, cuya formación y expansión es frecuentemente explicada en los discursos hitleristas como un milagro.

Una palabra común, pero a la que durante estos años se le carga de sentido casi mágico, comienza a circular preñada de oscuras y un tanto impresionantes significaciones: la palabra "total" y sus compuestos, como "guerra total", "movilización total", "Estado total", "hombre total", "revolución total". Y, aunque menos difundida, también comenzó a funcionar con carga mágica la palabra "profundo". Vocablos cuya significación conviene tener en cuenta para la comprensión general del mito.

Desde 1789 la idea de revolución gravitó pesadamente sobre el mundo político de nuestro tiempo y sobre las actitudes emocionales que lo acompañan. Para unos era motivo de terror porque pondría fin al orden existente para dar paso al desorden e invertiría los auténticos valores y jerarquías; para otros, en cambio, era el acto que, "ajustando las cuentas" a las clases dirigentes, satisfaría el resentimiento acumulado y abriría las puertas a un nuevo orden, establecería los auténticos valores y daría paso a la verdadera jerarquía. Especialmente para el pensamiento revolucionario, la verdadera revolución era imaginada como el gran cataclismo tras del cual la historia daría a la luz una nueva era—"partera de la historia" la llama Engels—del mismo modo que para la creencia de otra época era la tremenda lucha final entre las potencias del bien y del mal lo que traería al nuevo *eón*. La revolución forma, pues—o quizá formaba, pues hay motivo para suponer que ha terminado la época de las auténticas revoluciones—un elemento integrante de la escatología política de nuestro tiempo.

Alemania esperó así su revolución, una revolución auténticamente alemana que, según sus teóricos, podría tardar años y hasta decenios pero que vendría con toda certidumbre. La ansiada revolución no tendría un superficial contenido político, como ese *ersatz* o estafa de revolución que trajo la república de Weimar sino que sería una revolución total y profunda, destinada a crear una nueva sociedad, una nueva y luminosa cultura y un nuevo hombre, una revolución que instaurará o restaurará—según las versiones—el orden eterno de las cosas. Tal revolución aunque originada en Alemania, no limitará sus efectos a este país sino que dará a Europa y al mundo un nuevo principio vital



y, con ello, un nuevo orden. La revolución no sólo será total y profunda sino universal e incluso, se afirmaba, cósmica. Por supuesto, como toda gran revolución y como todo gran cambio histórico universal, tendrá que ir unida a la guerra exterior. Será, en resumen, la revolución que dé fin al período demoníaco y materialista de la época de la ciencia natural y de la técnica a la que ha degenerado la humanidad; se trata, para decirlo con palabras de uno de sus partidarios, de "la rebelión de la vida contra la tiranía de la materia. Se trata de la destrucción de Lucifer: tal es el sentido de nuestro siglo",<sup>25</sup> tras de la cual el hombre occidental será restaurado en su totalidad armónica. No creo necesario decir más palabras sobre la presencia de un motivo mítico tradicional. Esta revolución tan mística o metafísicamente concebida en sus orígenes tuvo como sujeto histórico al partido nacional socialista.

La comunidad que lucharía por la revolución fue concebida en sus comienzos con un carácter puramente espiritual y a veces misterioso, como, por ejemplo, "la Alemania secreta" que en su momento acaudillaría el "emperador secreto", imaginada por el círculo de Stefan George. Pero con Rosenberg, cuya doctrina tuvo carácter oficial en el partido, tal comunidad está constituida por la sangre y tiene carácter puramente racial. Ahora bien la sangre, según la doctrina nazi, no es un hecho puramente físico biológico sino que lleva consigo propiedades morales, intelectuales, de sensibilidad, etc., en una palabra, la sangre es también un hecho de naturaleza espiritual que se despliega en creaciones culturales como la filosofía, el arte, la ciencia, las formas sociales, etc. Nos encontramos pues con el viejo tema de la unión del espíritu y de la naturaleza encubierto ahora bajo la capa pseudo científica. A Rosenberg, sin embargo, no le interesa la objetividad científica, sino que lo que quiere establecer es, como lo indica el título de su libro, "El mito del siglo xx", pues según su opinión no hay una ciencia objetiva y neutral, ya que ella misma es creación y consecuencia de la sangre. Lo que procede, por tanto, es crear un mito capaz de movilizar las masas, un mito que pueda servir de apoyo al nacional socialismo, es decir, algo que dando la clave de la historia e interpretando la realidad toda, proporcione un programa capaz de integrar a las masas en la obra del renacimiento alemán: "hoy —dice Rosenberg— despierta una nueva fe: el mito de la sangre, de la creencia en que con la defensa de la sangre se defiende al mismo tiempo lo divino en el hombre; de la creencia que encarna la clara conciencia de que la sangre nórdica representa el misterio que ha sustituido y superado los viejos sacramentos".<sup>26</sup>

<sup>25</sup> E. G. Gruendel, *Die Sendung der junge Generation* (München: 1932), pág. 235.

<sup>26</sup> Rosenberg, *Der Mytus des 20 Jahrhunderts* (München: 1931), pág. 114.

Si para los iraníes el mundo es la lucha entre el principio del bien y del mal, si para San Agustín y para el agustinismo militante la historia universal es la lucha entre la ciudad de Dios y la ciudad del diablo, si para los marxistas es la historia de la lucha de clases, para el mito de la sangre la historia entera es la lucha inacabada entre la raza aria y las razas semíticas. Todas las grandes creaciones históricas desde Egipto o Irán y sin excluir a la China han sido llevadas a cabo por arios hasta degenerar más tarde como resultado de la impurificación de su sangre y, con ello, de su espíritu al mezclarse con otras razas. No es cosa de resumir aquí las ideas de Rosenberg a este respecto, diremos solamente que, según él, la historia de la decadencia griega significa la derrota del espíritu apolíneo, claro, dórico y nórdico por el espíritu dionisiaco, por la oscura religiosidad de los misterios y por el asiatismo proveniente de oriente. Análogo es el curso de la historia romana en la que sólo la mezcla de los pueblos puede explicar el arraigo del cristianismo paulino, nuevo triunfo del oriente semítico destinado a destrozarse al Imperio. La degeneración producida por la mezcla de pueblos se continuó en la Iglesia que dominó y esclavizó al espíritu germánico a través de sus misioneros, de la coronación de los emperadores por el papa de los jesuitas, etc.

Esta comunidad de sangre no es solamente un concepto histórico sociológico sino también religioso y según los extremistas del mito, será la base de una religión nueva que, en realidad, está ya dada en la substancia de la sangre y que no espera más que la revelación. Así una nueva religión popular-nacional (*volksische Religion*) con su "día de la sangre", con sus mártires, con su liturgia, con sus santos (los grandes creadores del espíritu alemán), deberá substituir a esa confusión judeo cristiana de los sacramentos, del pecado, de la caída, de la salvación de Cristo, etc. Pues el nuevo *Reich*, la nueva comunidad, será total y profunda, nada quedará al margen de ella y que no esté transpasada por ella.

En las antiguas versiones del mito la lucha se lleva a cabo entre el pueblo elegido y los restantes, pero dentro del *pandemonium* de éstos hay uno que se convierte en enemigo arquetípico y que hipostaliza a los restantes. Así las concepciones medievales dentro del *consortium infidelium* distinguían al sarraceno como el enemigo por antonomasia, hasta el punto que, a veces, las crónicas designan como tal a los paganos eslavos. En tiempos anteriores, la "bestia" de las concepciones escatológicas judías y cristianas era Roma, que personificaba la gentilidad o paganía. En la versión nazi del mito los enemigos son, desde luego, los pueblos con mezcla o degeneración sanguínea y representativos de ideas o símbolos antigermanos como el pacifismo, el internacionalismo,

el capitalismo, el bolchevismo, la democracia, la plutocracia, Roma, Wall Street, etc., pero el enemigo arquetípico que resume a todos los demás y que encarna todo lo que odia el nazismo, es el judío, al que imagina como destructor del etéreo, como voluntad perversa que dirige la inteligencia hacia el mal, de lo que es muestra el hecho de que a la cabeza de cada doctrina destructora como el marxismo, la teoría de la relatividad o el psicoanálisis, se encuentra un nombre judío. El judío es el Ariman o el Lucifer del mito nazi, es decir, algo a lo que se despoja de su carácter humano para convertirlo en una esencia metafísica.

El componente catastrófico fue proporcionado por la época misma y por el ambiente espiritual creado por la teoría de Spengler sobre la decadencia de occidente. Frente a tal decadencia lo único que cabe es la lucha a toda costa por implantar un nuevo orden que anule los gérmenes de disolución y que cancele las contradicciones del mundo presente. Este nuevo orden se simbolizó en el *III Reich*, que sucede al *II Reich* (frustrado) de Bismarck así como éste había sucedido al *I Reich* o *Sacrum Imperium*, en uno y otro caso con los correspondientes inter *Reich*. La palabra *Reich* pertenece al orden de esas denominaciones políticas que como *British Commonwealth* o *Soviet* son esencialmente intraducibles, no porque los diccionarios no proporcionen los correspondientes vocablos sino porque en su contexto histórico significan unidades políticas de naturaleza tan única que no pueden reducirse a un patrón o concepto común. En su sentido general, *Reich* significa la forma histórico-política concreta, única e intransferible del pueblo alemán y que no puede adecuadamente expresarse con las denominaciones Reino, Imperio o Estado; es, según sus teóricos, una forma integradora única, total y profunda en cuya plena realización consiste el auténtico destino y vocación del pueblo alemán. A la formación de la nueva metafísica del *Reich* contribuyeron una serie de corrientes distintas desde Stefan George, que espera un nuevo Sacro Imperio de belleza y claridad, hasta entusiastas, aunque rigurosos historiadores del Sacro Imperio o de algunos de sus emperadores, historiadores que, en algún caso estaban vinculados al círculo de Stefan George pero que, en otros, provenían del campo católico o del protestantismo más o menos militante. A la transformación de la metafísica en mito sirvió el famoso libro de Moeller van der Bruck, *El Tercer Reich* (1923), un *III Reich*, advierte él mismo, que suscita representaciones nebulosas, imprecisas y cargadas de sentido, algo que más que de este mundo es del venidero, pero que constituyendo la última y suprema filosofía salvadora hay que darle realidad concreta. Como resultado de todas estas tendencias se formó la imagen de un *Reich* que cancelaría una época y daría paso a otra, a un

milenio para decirlo en lenguaje simbólico. En el nuevo *Reich* quedarán cancelados todos los antiguos antagonismos, la oposición entre patrono y obrero será superada en una nueva comunidad y en la forma socio-antropológica de "el trabajador"; se realizará, no menos, una síntesis espiritual entre emoción, voluntad y entendimiento; los valores volverán a su orden natural. El *III Reich* será no sólo el orden alemán sino también el orden definitivo de la humanidad en cuyas formas se cobijarán jerárquicamente todos los pueblos bajo la hegemonía del *Herrenvolk*, del pueblo señor o sea del pueblo alemán o nueva versión del reino de los santos.

Por supuesto el orden milenario no podrá alumbrarse sin una terrible contienda, mezcla de guerra y de revolución, en la que se ventilará el ser o no ser de Alemania y del mundo y en la que, por consiguiente hay que pelear hasta la última posibilidad, hasta perecer, si es preciso, todos, unos y otros, pues si perece Alemania que perezca el mundo. Tal era uno de los obsesivos pensamientos de Hitler.

El gran mitólogo contemporáneo Mircea Eliade nos ha dado la clave de esta actitud suicida al recordarnos el pesimismo de la mitología germánica expresado en la *ragnarok*, es decir, en un "fin del mundo" catastrófico y que "conlleva una batalla gigantesca entre los dioses y los demonios, terminada por la muerte de todos los dioses y de todos los héroes y por la regresión del mundo al caos, aunque después de la *ragnarok* el mundo renacerá regenerado", ya que los germanos mantenían la concepción cíclica. Traducido en términos políticos, continúa Mircea Eliade, quería decir, más o menos, lo siguiente: "renunciad a las viejas historias judeo cristianas y resucitad en el fondo de vuestra alma la creencia de vuestros antepasados los germanos; a continuación preparados para la gran batalla final entre nuestros dioses y las fuerzas demoniacas; en esa batalla apocalíptica nuestros dioses y nuestros héroes, y nosotros con ellos, perderán la vida, tal será la *ragnarok*, pero un mundo nuevo nacerá más tarde".<sup>27</sup> Éste más que otros componentes míticos motivó la conducta de Hitler y de una buena parte de sus seguidores.

### III. Palabras finales

Creemos haber mostrado a lo largo de las anteriores líneas la reiteración de un arquetipo mítico de significación política a través de los tiempos, lugares y formas de expresión. Jung ha explicado psicológicamente la reiteración de los motivos míticos como expresiones del in-

<sup>27</sup> Mircea Eliade, *Mythes, Rites et Mystères* (Paris: 1957), pág. 21 y 22.

consciente colectivo, más profundo que el inconsciente individual y no adquirido por experiencias personales sino por experiencias colectivas constantemente repetidas. Los arquetipos, entre los que podríamos contar nuestro mito, son así "ideas estampadas por eones en el cerebro humano", que "no pertenecen al dominio de la historia personal sino a los secretos de la historia de la humanidad", y que crean en el hombre, mediante transmisión hereditaria, la "disposición para producir las mismas o similares ideas míticas". Otros, como Norman Cohn, ven en la ilusión del milenio una expresión paranoica. No es ocasión de entrar aquí en la discusión de las ideas de Jung, en especial en lo que se refiere al concepto "inconsciente colectivo" y a la corrección de su tesis sobre la transmisión hereditaria. Quizá más bien habría que explicar el fenómeno como prueba de la existencia de una naturaleza humana que se expresa, sin embargo, a través de distintas formas históricas. Quizá pudiera afirmarse que encontrándose el hombre siempre ante unas situaciones límites, en el sentido de Jaspers (es decir, esas situaciones en las que forzosamente hemos de estar, que no podemos modificar y ante las que, por tanto, fracasamos) y siendo el sufrimiento una de esas situaciones busca el hombre trascender a ella. Y entre esas formas de transcendencia se encuentra, con referencia al mundo político y social, el mito del reino feliz. Ilusión destinada al fracaso, sin duda, pero que entre tanto, ha provocado considerables movimientos históricos, ha actuado como factor integrador y desintegrador de primer orden, ha construido y ha destruido formaciones políticas. Y, en este sentido, es una realidad política con la que hay que contar y a la que hay que estudiar.

## THE HAPPY KINGDOM OF THE END OF TIME

(Study of a Political Myth)

MANUEL GARCÍA PELAYO

(Abstract)

Following more or less the same pattern, a myth makes its appearance with surprising regularity in different ages and nations, which we might call the myth of the happy kingdom of the end of time.

In essence, this myth is that at the end of time there will be es-

tablished a happy kingdom in which humanity will be free of the problems that oppress it; a period of peace, justice, and economic prosperity in which the burden of affliction will disappear from men's hearts. But before this time comes there will be a catastrophe in the midst of a great struggle, during which a savior will appear, or reappear. This savior will found a final kingdom or empire of a universal, ecumenical character, embracing all men of all nations. Something will occur which will represent a combined fulfillment of mankind, of space, and of time. Examples of some of the manifestations of this myth in antiquity are:

1. The myth of Cakravartin, or he who turns the wheel. This made its appearance in India in the fourth or third millennium B. C.
2. The triumph of Ahuramazdah. This is found in the religious concepts of Zoroastrianism.
3. The Lion of Judea. The Hebrews, having lost their political independence, and finding themselves enslaved by other peoples, held firmly to the hope that Jehovah would establish them in a new kingdom.
4. Rome, the revelation of divine power in history. Here the happy kingdom myth is given definite expression in the form of political power.
5. The millennium. Represented especially in the Apocalypse of St. John.
6. The last emperor. The last of the Roman emperors will reduce all peoples to the faith, and will then ascend Mount Calvary to return the imperial insignias to Jesus Christ.

In the modern versions of this myth is also found the same yearning for something that transcends this world, although it is more or less repressed. But in a world dominated by belief in reason, the myth lost in strength, and was replaced by the Utopia, in which the mythical impulse is overlaid by rational expression. The hope of a happy kingdom is not now manifested through a display of imagery, but in an ordered system of concepts. Utopia is thus the disguised form which the mythical impulse takes on in a moment of decided opposition to the irrational.

Inherent in the myth is the function of promoting processes of integration and struggle, while Utopia is a cold, intellectual creation. One is truth through faith which reveals to us with certainty how things will be; the other is truth through reason, which tells us how they should be. Nevertheless, Utopia can be converted into myth by means of a change in the meaning and function of its content. All that is

needed for this change to take place is the transformation of what has been conceived as a system of concepts into a mass of images, the substitution of the analytical vision by the synthetic, and truth through reason by truth through faith, the realization of which is expected as the certain outcome of the final struggle.

The myth of the happy kingdom is closely related to the decisive idea of our times: the idea of progress.

Two of the forms which the myth adopts in our times are:

1. The classless society
2. The Reich Millennium

All through the ages, and in varied places and forms of expression, a mythical archetype of political implications repeatedly appears.

This repetition is perhaps due to the fact that man in all ages has found himself confronted by inescapable impasses which he has always tried to transcend in some way. One form of transcendence is the myth of the happy kingdom.